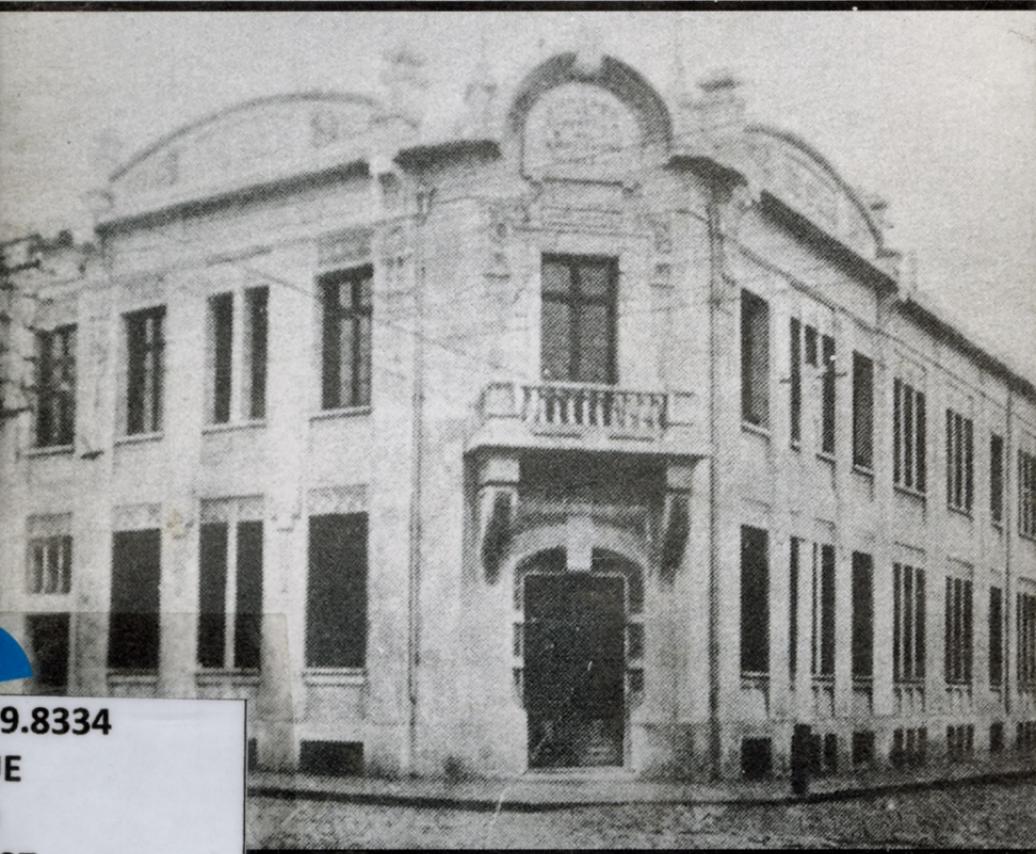


Sergio Ramón Fuentealba



Publicado en

EL SUR



9.8334

E

07

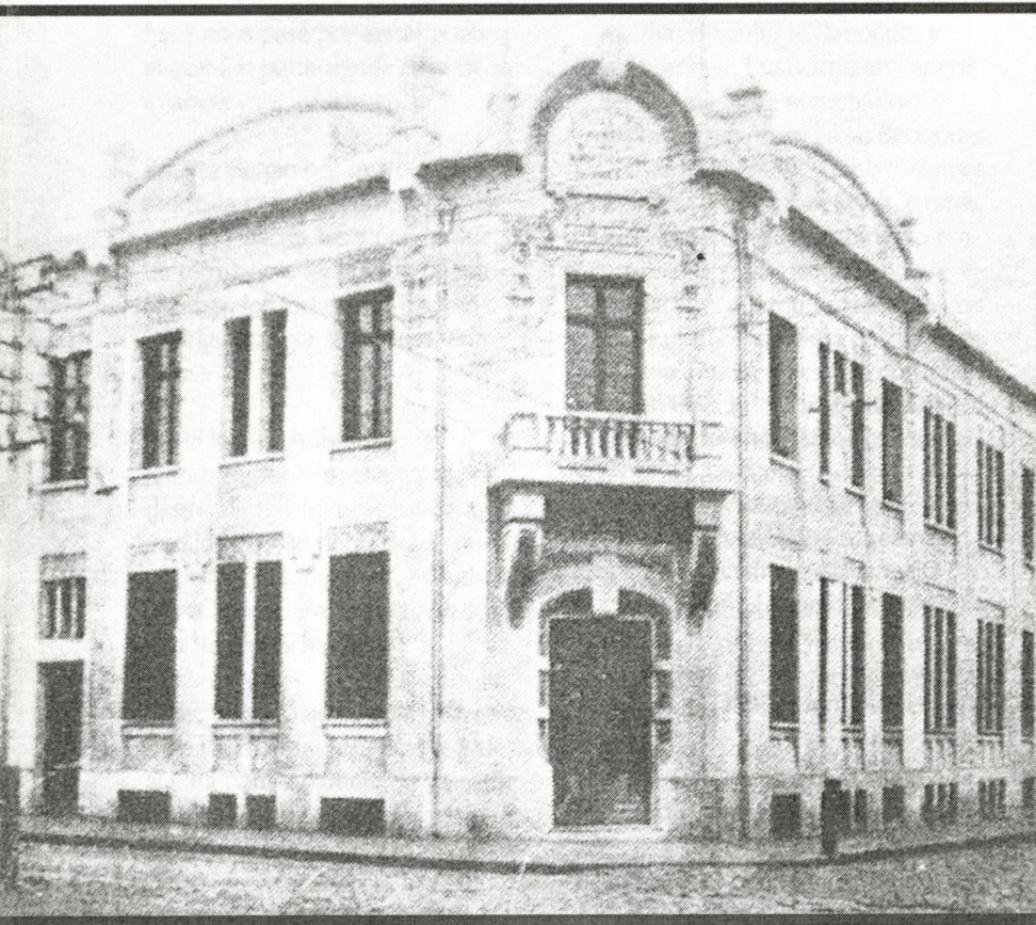
**FEZ**
EDITORES

Apartado, 2002

Sergio Ramón Fuentealba

079.8334
FUE
pu
2007
c.1

Publicado en
EL SUR



med.

FEZ
EDITORES

PUBLICADO EN "EL SUR"
de Sergio Ramón Fuentealba.

DERECHOS RESERVADOS.
Presente edición, verano de 2007.
Diseño, diagramación y producción:
Jorge Espinoza Lagos.

Revisión de textos:
Teresa Oñate Vidal.

FEZ EDITORES – TOMÉ.
Sergio Ramón Fuentealba.
Jorge Espinoza Lagos.
Cecilia Zúñiga Sanhueza.

DISTRIBUCIÓN DIRECTA.

Justicia cultural.

22.10.02

Señor director:

Fue grato saber que Sergio Ramón Fuentealba al fin haya sido distinguido con el Premio Municipal de Arte y Cultura de Tomé. Recuerdo que hace años pasé por aquel pueblo, el que fue parte significativa de mi infancia y mi adolescencia.

Esa vez Sergio nos invitó a su modesta casa a un grupo de más o menos 7 escritores y poetas, luego de terminar la lectura de poesía (estaban los tomecinos Darwin Rodríguez, Egor Mardones, entre otros).

De la lectura hubo después un recorrido por la noche tomecina y desde allí nos fuimos a su casa instalada en un cerro desde donde se podía contemplar en penumbras el océano, y una inundación continua de olores marinos.

Sergio preparó un pescado con arroz para los hambrientos poetas y de alguna parte aparecieron vasos de vino de la zona. Comimos y conversamos sobre poesía, sobre la dictadura (en ese entonces), mirando de reojo la bella noche de invierno tomecino, que se colaba por una ventana de su casa. Hablando y

leyendo poesía estuvimos allí hasta casi la madrugada. Creo que Sergio decía que jamás se movería de Tomé, aún cuando siguiera con muchas dificultades laborales y económicas. Esa noche en casa de Sergio -luego de escucharlo- recuerdo que pensé en las decisiones que en momentos de crisis tomamos algunos para irnos del país, y otros que desearon quedarse para siempre. Eso pensaba aquella noche mientras el anfitrión preparaba con una sabiduría de viejo pescador de la zona, un buen pescado con arroz. Ceremonia que yo había olvidado para siempre en el primer mundo, o quizás permanecía escondida, arrinconada aún en los sueños de mi infancia tomecina.

Desde esta otra parte del mundo me alegro por ese reconocimiento que Tomé dio a Sergio Ramón Fuentealba.

Javier Campos.
Escritor y académico
chileno en Estados Unidos.

30204

30 Enero 2007 adquisición al autor \$ 3.000

Del autor a los lectores.

Desde mayo de 1958 hasta el mismo mes del 2006, colaboré en los diarios de esta casa periodística, sobre todo en "EL SUR". Artículos aparecidos entre ambas fechas, originaron varios libros que son parte de nuestra "memoria regional". Este último, no es la excepción a la regla, pero puede considerarse un reconocimiento al añoso matutino, en el que los viejos penquistas aprendimos a leer.

Proyecto comenzado tímidamente en enero de 1995 con Cecilia Zúñiga Sanhueza, y que ya suma más de 40 títulos, celebra la incorporación de Jorge Espinoza Lagos -Diseñador Gráfico- que aportará -entre otros méritos, junto a Teresa Oñate Vidal-, la "savia nueva" a esta iniciativa editorial, desarrollada orgullosamente en Tomé.

Neruda entre nosotros.

Aunque, en cuarenta y seis años de colaboración con esta casa periodística, he escrito muchas veces sobre el poeta que conmovió a mi generación con su obra y su conducta militante, siempre queda una tecla en el aire cuando tengo que hacerlo nuevamente, y esta vez no constituye la excepción. Pero debo escribir acerca de su relación con la ciudad, y dejaré de lado cualquier intento de preámbulo.

Porque, en realidad, ella comenzó a través de las páginas de la revista "Atenea", en las décadas del 20 y del 30, en las que Neruda publicó fragmentos de "El hondero entusiasta" y de "Residencia en la Tierra", y se prolongó con posteriores visitas a la Universidad, invitado por las autoridades, por la Federación de Estudiantes de Concepción y por Centros de Alumnos de escuelas e institutos. Como uno de los tantos testimonios gráficos de esos acontecimientos, recuerdo una foto de 1964, captada en el Auditorio de Lenguas, donde aparece el poeta junto a Gonzalo Rojas, Jaime Giordano, Manuel Rojas y el entonces presidente de la FEC, Ariel Ulloa, que incluí en un artículo para "La



Gaceta del Sur", hace diez años.

Cuando ya era "el poeta vivo más traducido en el mundo", la Universidad de Concepción -sumándose a los homenajes realizados en diversos países por este logro- le otorgó, en 1966, el Premio Especial Atenea. Se trataba -explicaron sus voceros- de "una justa reciprocidad. Pues lejos de establecer, como tantos poetas intuitivos de nuestro medio, una pugna de inconciliables entre universidad y poesía, Neruda siempre consideró los centros académicos como una alta expresión del hacer social, como otra forma de bregar por el engrandecimiento del hombre". Algo por lo que se esforzó toda su vida, en los planos literarios y políticos.

Amigo para siempre

En sus viajes a Concepción, jamás Neruda dejó de visitar a Daniel Belmar, su "amigo de toda la vida", como lo consignara en la dedicatoria de "Oda a la tipografía". Guardado en una caja de vidrio y en un lugar privilegiado de su biblioteca, el novelista conservaba "Todo lleva tu nombre", editado en Caracas, en 1959, y firmado "por su viejo hermano Pablo". La fraternidad había empezado a anudarse en el Liceo de Temuco, en 1915.

Para Belmar, su amigo fue -durante medio siglo- "un árbol frondoso bajo cuya sombra no creció otra poesía. Muchos trataron de evadir su influencia, pero sólo lo consiguió Nicanor Parra. No obstante, "El hondero entusiasta" fue la semilla de donde salió el "boom" continental de narradores latinoamericanos. A Neruda, los poetas sólo deben amarlo a la distancia", decía.

Ya casado con Matilde Urrutia, la acompañó a Lebu a conocer a un cuñado que tenía allí una empresa de pompas fúnebres, pero que carecía del arribismo social de su mujer. Su nuevo pariente le tenía preparada una sorpresa, la visita de una excondiscípula temucana, que conservaba, como incalculable tesoro,

un cuaderno con versos suyos de puño y letra. Según los testigos del reencuentro, le había costado bastante a Neruda reponerse de la emoción. En verdad, era un ser afectuosísimo y generoso.

Política y gourmet

Personalmente, lo vi por última vez en Chillán en 1967. Fue recibido en la quinta de la familia Retamal, industriales progresistas que eran sus amigos. Viajó a proclamar a los candidatos a regidores de su partido. Pero antes de salir al acto, recorrió maravillado la cocina, donde se preparaban apetitosos platos criollos en su honor. El poeta dejó el lugar haciéndosele agua la boca. Tanta prisa tenía en volver a despacharlos, que apuró cuanto pudo la presentación de los siete abanderados: "Proclamo -dijo- al compañero Eduardo Contreras Mella, proclamo al compañero..., proclamo...". Pero leído el cuarto nombre, se guardó la lista en los bolsillos y exclamó: "Bueno, los proclamo a todos, a todos...". Y en medio de la sorpresa del auditorio, salió del teatro en compañía de su anfitrión, frotándose las manos de contento ante la perspectiva del feliz condumio.

Un auténtico hombre público.

Cuentan -porque mal podrían asegurarlo- que después del cierre de su campaña presidencial en Concepción, don Pedro Aguirre Cerda manifestó a los dirigentes radicales los deseos de contar en su gobierno con tres promisorios correligionarios, los entonces jóvenes abogados Alberto Coddou Binimelis, Humberto Enríquez Frödden y Raúl Rettig Guissen.

Si los dos primeros no ocuparon cargo alguno en su administración, Rettig asumió la Subsecretaría del Interior y fue un magnífico colaborador del mandatario "frentista". Ejerciendo luego su profesión y la cátedra universitaria, preparó su candidatura a senador por Bío-bío, Malleco y Cautín, en 1945.

En la Cámara Alta, Rettig estuvo hasta mayo de 1953. Debe, me imagino, haber ofendido a su espíritu libertario, el votar favorablemente, por disciplina, la Ley de Defensa de la Democracia y el desafuero de su colega Pablo Neruda. Antiibañista entre 1927 y 1931, volvió a combatir al general en su segundo período. Memorables fueron sus duelos oratorios en el hemiciclo con

Guillermo Izquierdo Araya, senador agrario-laborista por Tarapacá y Antofagasta.

Antes, había protagonizado un "duelo" -con padrinos y todo- en una chacra a las afueras de Santiago, con Salvador Allende. Ambos contrincantes dispararon al aire y el tiempo los reconcilió. A tal punto, que el presidente socialista lo designó su embajador en Brasil. Y allí estuvo, hasta el Golpe Militar.

Posteriormente, presidió el Colegio de Abogados y la Comisión que tomó su nombre en el primer gobierno de la Concertación. Entre sus componentes, figuraba un viejo conocido suyo, el senador designado Ricardo Martín, que iniciara su carrera judicial en Florida, y con quien lo unía una buena amistad.

Como desde sus años de estudiante universitario mantuviera una cordial relación con mi familia materna, Rettig visitó muchas veces ese pueblo y recordaba con nostalgia sus bellos alrededores.

Su memoria era asombrosa. En 1954, nos presentó mi tío Jorge Moreno,

en el foyer del Teatro Carlos Cariola. Hace seis años, lo visité en su estudio, y con picardía, me preguntó si “la viuda de José seguía siendo tan buenamoza”. Creí que había confundido el nombre, y así se lo comenté a mi primo. Sonriendo, me contestó que el equivocado era yo, porque su padre se llamaba José Jorge Gustavo. Quedé “de una pieza”.

Cuando la Universidad de Concepción lo designó su Profesor Emérito, el Rector de la época leyó un discurso de diez minutos. Acto seguido, el homenajeado subió al estrado y en una brillante improvisación de poco más de una hora, agradeció el nombramiento. En su “alma mater”, volvió a ser el notable orador de sus tiempos de presidente de la FEC, a comienzo de los años 30. Con más sapiencia, claro está.

Aunque fue nuevamente “hombre de gobierno”, en el período de Jorge Alessandri, Raúl Rettig no intentó recuperar su asiento en el Senado, y le resultó suficiente presidir el Partido Radical. Cuando volvió a serlo con el triunfo de Allende, optó por la diplomacia y no por la función parlamentaria. En ambos casos, parece que no falló su proverbial “olfato político”.

Pero no sólo por eso, sino por su extraordinaria capacidad, elocuencia y vastísima cultura -fuera de una honestidad a toda prueba- permanecerá en la memoria nacional como un auténtico hombre público.



Dos periodistas de viejo cuño.

Si bien no formaron parte de la familia mercurial -nunca escribieron en las páginas del llamado Decano de la prensa chilena-, ambos brillaron con luces muy propias en el periodismo nacional. Me refiero a Joaquín Edwards Bello y a Ismael Edwards Matte, parientes cercanos de los propietarios del "diario de la calle Compañía", como se decía antiguamente, y primos en primer grado.

Si don Joaquín botó su herencia en los casinos europeos, el segundo perdió gran parte de su patrimonio en la Editorial Ercilla, concebida por el publicista español José Laureano Rodríguez Zavala. Por su fama de jugador, y por el escándalo que provocó en la sociedad santiaguina su novela "El roto", Edwards Bello era conocido entre los suyos como "ese loco Joaquín", y así me lo recordó su sobrino Jorge, el confidente de Neruda, en una entrevista para este diario.

Principal redactor del viejo semanario "Hoy", Edwards Matte mantuvo en la primitiva "Ercilla" -la de formato medio Mercurio, impresa en tinta negra- un suplemento de

dos páginas que la gente leía de punta a cabo y comentaba, por lo general, risueñamente. Por su lenguaje de los tiempos de Maricastaña: "Ayer me encontré en la calle de las Agustinas con mi querido, fino y dilecto amigo Fulano de Tal", o "No pude menos que estrechar los cinco jazmines de la deliciosa y bella actriz, Sutanita de Cual", eran dos socorridos botones de muestra de una cursilería sin límites, que contrastaba con su amplísima cultura.

Político decepcionado de sus pares -había sido diputado liberal por Santiago- Edwards Matte volcó sus afanes y haberes a su editorial y al periodismo, pero no obtuvo el Premio Nacional que ganó don Joaquín, en 1959, junto al querido "Tata" Bernal, fotógrafo de EL SUR. Sus Jueves de La Nación tenían seguidores de todos los niveles, y hasta los opositores al gobierno de turno compraban el vocero oficialista para coincidir con sus puntos de vista.

Ocurrió -como tantas otras veces- en marzo de 1958, cuando murió Galo González, máximo dirigente del todavía ilegal Partido Comunista,

y le dedicó su columna, escribiendo que la caudalosa participación del pueblo en sus funerales significaba el fin de la Ley de Defensa de la Democracia, que lo proscribía. Y, como sabemos, al poco tiempo fue derogada por el gobierno de Ibáñez. Quien lo dude, puede revisar el archivo de La Nación del mes citado.

Galardonado, también, con el Premio Nacional de Literatura, don Joaquín sobrevivía con sus artículos y una pensión miserable. Cansado, optó por la autoeliminación. Antes, pidió a uno de sus íntimos: "Si alguna vez me suicido, diga que fue así. Si no, van a echar a correr el mito, en este país de mitómanos, de que me asesinaron". Pero no fue necesario inventar un crimen.



Gente de mi tiempo.

Francamente hablando, el título de esta columna no tiene nada de original. Lo tomé prestado, por así decirlo, de un libro de ese nombre que Luis Durand publicó a comienzos de los 50. Se lo editó don Carlos Georges Nascimento, que proyectó su labor en este campo cuando era un joven emprendedor que tenía su negocio aquí en Concepción, en la esquina de Barros Arana con Castellón. Algo que no estaba en sus planes, porque se vino de Portugal a Chile con la idea de convertirse en el brazo derecho de su tío en el establecimiento del mismo ramo en Santiago.

Luis Durand -para terminar con el cuento- era un gran amigo suyo, y de ahí que la revista "Atenea", de la Universidad penquista, que el popular "Gordo" representaba en Santiago, lo que equivalía a dirigirla, se imprimiera en los talleres de Nascimento, en San Antonio 240. El renombrado "criollista" animaba las tertulias de la librería santiaguina de don Carlos.

Si Durand trazó semblanzas de escritores amigos en su libro, utilizaré esta carilla en blanco para recordar



personajes de mi adolescencia, que ese afán "ponderativo" tan nuestro, les confirió dimensiones de tales. Don Ramón Freire -heredero del ilustre nombre- llamaba la atención de medio mundo por su atildada compostura y por el teñido de sus cabellos y bigotes, aparte de sus vistosas polainas y los guantes "pato", que subrayaban su elegancia. Su casa, en Tucapel pasado San Martín, si la memoria no me juega una mala pasada, lucía una plancha de grandes dimensiones proclamando su condición de corredor de propiedades. Oficio que -a mediados del siglo pasado- era tan poco común como

el de Notario Público.

Don José Mateo Silva Gavilán era de mayor prestigio. Hombre de mundo, conservó porfiadamente su soltería y pretendientes no le faltaban. Vividor a su manera, formaba un trío de amigos inseparables con dos colegas suyos no menos renombrados, los señores Marco Antonio Enríquez y Daniel Cerda, que ejercía la judicatura y cuya apetencia en el "yantar" era reconocida. Destacaban en su silueta su voluminoso abdomen y el tamaño reducido de su calzado. A estos tres caballeros los "movilizaba" gustoso don Pascual Rodríguez, industrial panificador que tenía la costumbre de cambiar de auto todos los años, y que era bastante menor que ellos.

Don "Marquitos" Enríquez -como se le conocía en la Corte y en los juzgados- era un caballero chileno en el hablar y muchas veces fue amonestado por sus ministros amigos, pues, en sus bien preparados alegatos, se le caía con mucha frecuencia la gramática. Entre sus descendientes se cuentan ministros y parlamentarios, revolucionarios y "faranduleros", como su bisnieto de igual nombre Marco Enríquez-Ominami Gumucio, también ligado a la política.

También se me viene a la memoria el odontólogo Darío Verdugo Cavada, hermano de Ignacio, el autor de "Los Copihues Rojos". Por su caprichoso peinado, terminado en punta, se le apodaba "El Colipato", algo que nunca le produjo malos ratos. Bromista de temer, era, sin embargo, un dentista con mucha clientela.

Todos estos personajes tenían en común su afición a la "buena mesa", no servida únicamente en exclusivos centros de reunión, sino en populares "casas de cena" donde podían desenvolverse a sus anchas, sin etiqueta alguna y dando rienda suelta al humor que les era tan característico. Humor de subido tono, por supuesto, que escandalizaba a muchos espíritus pacatos.

“Estrellas” en nuestro firmamento.

Aunque en mi niñez fui bastante asiduo de los “biógrafos” debo reconocer que nunca me entusiasmaron mucho las películas de Clark Gable. Ni siquiera “Lo que el viento se llevó”, y cuyas casi cuatro horas de duración soporté estoicamente. A su coestrella, Vivian Leigh, la admiré más tarde en “Un tranvía llamado deseo”, junto a Marlon Brando. Debo haber sido una excepción, porque Gable tenía incontables seguidores entre los chilenos.

En 1935, cuando la versión fílmica de la novela -o novelón- de Margaret Mitchel no estaba en sus proyectos, porque recién la descubría un editor yanqui, el actor viajó a Chile, interesado en cazar patos y pescar truchas en el sur. Casi no lo dejaron sus fans, que echaron abajo la puerta de la pieza del Hotel Carrera, donde se alojaba, y se llevaron hasta su ropa interior. Los platos rotos, los pagó el entonces joven periodista Tito Mundt, que se disfrazó de mozo y le llevó una bandeja con whisky para poder entrevistarlo. Gable lo sacó a empujones y a punta de garabatos en inglés. Mundt le contestó a “chilenada” limpia, pero después no olvidó incluirla en su difundido libro

“Yo lo conocí”.

Conmoción parecida, provocó 11 años después la visita de Tyrone Power, popularísimo por “Sangre y arena”, “El zorro”, “Tiburones de acero” y “El capitán de Castilla” que acababa de rodar en Hollywood con César Romero, con quien llegó pilotando su propio avión. En esa época, el futuro papá de Romina estaba casado con Annabella, una actriz francesa que le aventajaba en años. La amistad con Romero -de origen cubano- no provocó ninguna suspicacia. Después de su llorada muerte, se supo que el apuesto galán de Rita Hayworth en “Sangre y arena” era varonil, hasta por ahí no más. Claro que las actrices jóvenes de su tiempo se peleaban por trabajar en su compañía. Él se casó en segundas nupcias -por imposición de sus productores, seguramente con Linda Cristian, de ascendencia mexicana. A Clark Gable, ni Vivian Leigh, ni Marilyn Monroe le soportaron -se comentaba- su fuerte halitosis. Con la Monroe rodó una cinta bien extraña para mi gusto, filmada poco antes de morir. En 1946, cuando estaba con su

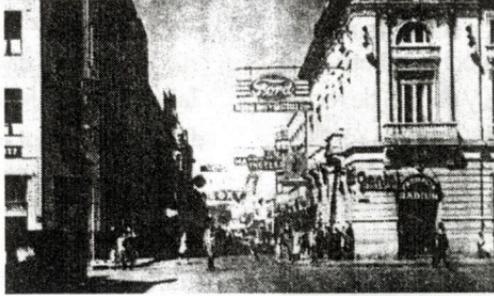
popularidad muy en alto, nos visitó Jorge Negrete, el charro-cantor. En los Cerrillos, la desbordante multitud causó el derrumbe de una terraza del aeropuerto, accidentándose Patricia Reyes, periodista de "Ecrán". Caballeroso, le llevó a la Clínica Santa María, un impresionante ramo de rosas. Pero Negrete no sólo era gusto de mujeres, debió alejar a golpes a un joven de equívocas maneras que intentó besarlo. Pese a todos los ingresos que Jorge Negrete significó para la industria cinematográfica azteca, no puede afirmarse -con la perspectiva del tiempo- que haya sido un actor de gran valía. Murió víctima de la cirrosis, recién pasado el medio siglo.



Habían transcurrido 59 años del siglo XX, cuando Marlene Dietrich se decidió a visitarnos. Sin ruborizarse, confesaba menos de la sesentena. El empresario del Bim Bam Bum, Budy Day, se arriesgó a pagarle 6 mil dólares diarios de la época para que bailara en el Teatro Central con un escogido número de su ballet.

Ganó plata, porque la sala se llenaba para ver a la protagonista de "El ángel azul" y de varias historias amorosas con políticos e intelectuales de su tiempo. La revista "Ercilla" tituló a dos columnas que levantaba las piernas con más gracia que sus jóvenes acompañantes. Bueno, a nadie le agrada que le saquen a cuento su edad real, y la Dietrich no fue una excepción en la entrevista. Después de Marlene, no llegó a nuestras cosas ninguna auténtica estrella del cine. Si hay otras opiniones, escuchémoslas.

Publicidad y política.



A casi mediados del siglo pasado, la publicidad estaba en pañales. “Alíviese rápido con Aliviol”, o “Mejor mejora Mejoral”, eran frases que, podía decirse, ya habían perdido mucho de su fuerza vendedora. Aquí en Concepción, los hermanos Sutter coreaban aquello de “Sea genial, todo Geniol”, un producto del laboratorio de propiedad familiar.

Su “remozamiento” comenzó cuando una fábrica de bebidas contrató los servicios de la agencia del catalán José Marín Xicota, para lanzar al mercado nacional dos nuevas gaseosas que repletaran las estanterías de las fuentes de sodas, Orange Crush, “en su botellita ámbar” y Bidú, “la morenita que refresca”.

Como la imaginación de Xicota no se quedaba corta, creó el espectáculo masivo “Todo Chile baila”, pero

refrescándose con ambas bebidas, por supuesto. En escenarios levantados en las plazas de las principales ciudades, se presentaba, como mayor atracción, la popularísima orquesta típica de Natalio Tursi, conocida a través de programas radiales y discos que se vendían como “pan caliente”. Para la fábrica, la campaña superó con creces sus expectativas comerciales y la agencia se llenó de clientes.

Gordo afable, peinado a la gomina, Tursi había llegado a Chile huyendo de las iras del peronismo por su condición de diputado comunista. En mala hora escogió este país, donde sus camaradas estaban más preocupados de esconderse de la Policía Política de Luis Brum Davoglic, que de tenderle una mano, por solidarios que fueran.

Por su voluminosa anatomía, se decía en broma que Natalio Tursi no tocaba el piano, sino que aplastaba las teclas. Con esfuerzo, rearmó su orquesta y le sobraba trabajo en emisoras, teatros y quintas de recreo. Más que a los bandeonistas y violinistas, el público aplaudía a rabiar a los cantantes Mario Armando López y Juan Carlos Aguilera, y al recitador Sergio Alberto Rodríguez, que “glosaba” los tangos, y al que apodaban cariñosamente “El Natito”, por su desarrollado apéndice nasal.

Consumado histrión, Rodríguez “actuaba” sus glosas: “Yo soy el tango que llega/ Por las calles del recuerdo/ ¿dónde nací? Ni me acuerdo/ En una esquina cualquiera/ Una luna arrabalera/ y un bandoneón son testigos”.

La popularidad de “Todo Chile baila” pretendieron aprovecharla algunos avispados políticos, en campaña para llegar al Congreso en marzo de 1949. Muy sueltos de cuerpo, y sin que nadie los invitara, se subían al escenario a saludar a Natalio Tursi y sus músicos, y se apoderaban del micrófono para hacer lo mismo con la gente y proclamar sus virtudes de hombres públicos, mientras sus partidarios repartían generosamente volantes multicolores. La ocurrencia, sí, no les duró mucho tiempo.

“Topaze” no desperdició la ocasión para caricaturizarlos vestidos “a lo ché”, y hablando a lo compadrito, su “publicidad”, entonces, no les dio los mismos dividendos que a los fabricantes de las dos bebidas mencionadas.

De vuelta al "Astoria".

Cerró el "Astoria". Como antes "Hucke" y el "Nuria", de don Pepe Pujol y el de los Marsano, que poca semejanza tenía con el original Portal Cruz. Lo mismo que "El Dom", cuyo parecido con el del señor Schiaffino era bien débil. Allí, don Mario popularizó los jugos de fruta y la leche con plátano para los menores; y el café, con auténticos habanos, para los caballeros. No aparecían aún los sucedáneos y se vendía en grano o molido, en el negocio de la señora Anita de Thomson, en la entrada por Freire -así se decía- del recién reconstruido Mercado.

El "Astoria" abrió sus puertas antes que yo naciera. En la época en que mi familia viajaba a Florida en un vehículo que era mitad camión y mitad "góndola" y hacía su recorrido por el viejo camino a Penco. Su dueño, según me lo recuerda mi amigo Carlos Fuentes, era don Luis Iriarte. Por su expectable ubicación -los Portales frente a la Plaza- éste local, al igual que el "Richmond" y el "El Dom", estaban destinados a un público "de Bezanilla para arriba", mayoritario en ese sector.



Cuando uno era niño, y como premio a la buena conducta semanal, nos llevaban a tomar onces al "Astoria" y nos esforzábamos bastante para merecer ese galardón, que se traducían en café helado, chocolate caliente, galletas, mermeladas y pasteles, en cantidad suficiente para nuestras apetencias. La única nota discordante era la música de fondo, escogida entre los reversos de los discos de música clásica, por uno de los dueños.

Propietaria del negocio -que incluía rotisería y demases- era entonces la Sociedad Fusch, Chipine y Carrasco. Hablo de los años 40. Aunque los

tres se prodigaban en la atención a los clientes, los menores nos sentíamos particularmente atraídos por la afabilidad de don Sergio Chipine y de la señora Sofía. Éste caballero había llegado a Chile huyendo de la Revolución Soviética, porque era ruso blanco, y sólo pudo reunirse con su madre en 1958. Los tres diarios penquista de ese tiempo -con EL SUR a la cabeza- testimoniaron en crónicas y fotos el emotivo acontecimiento, en el Aeródromo de Hualpencillo.

Durante largos años, don Juan Bautista Carrasco animó la actividad musical en nuestra ciudad, como miembro de los coros y de la Sinfónica. Separado de la sociedad, instaló la bombonería "La Regalía", en un costado del hall de ingreso del Teatro Concepción. Acertó medio a medio con su iniciativa comercial, pues tenía clientela asegurada.

Cuando pagué pensión en la casa de la familia Muñoz Cifuentes -décimoquinta cuadra de Rengonocí más cercanamente a don Sergio Chipine y a su señora, amorosos padres de Rotislav y vecinos muy queridos del barrio. Ella tenía "mano de monja" para la cocina y preparaba deliciosos platos de su tierra, con masa de hoja y

aromáticos contenidos. El hijo único y regalón destacó después como cultor de los deportes náuticos.

El matrimonio Chipine siempre tuvo palabras de aliento con Hugo y Eduardo Muñoz y éste columnista, cuando formamos el Grupo Libre de Arte, en 1952, y organizábamos charlas, exposiciones y funciones de teatro de cámara en una casa que enfrentaba la suya. Varias veces, fuimos al "Astoria" a buscar una contribución para nuestras actividades y terminamos haciéndole "honoros" a una "Panagra", con helados, crema y frutas naturales picadas, por invitación de la afable pareja.

Hugo Silva, el dramaturgo, escribió una exitosa obra, "Los payasos se van". En el caso del "Astoria" me cuesta hallar un título que pueda parecer original. Creo, sí, que la imagen de su primitivo recinto ya quedó en la memoria y en la retina de quienes lo frecuentamos desde los años de la Segunda Guerra.

El “Físico” Ramírez.

Antiguamente se estilaba hacer el segundo ciclo de humanidades en el Liceo de Hombres de Concepción, el mejor establecimiento educacional del Sur de Chile, sin discusión alguna, en esa época ubicada entre los dos terremotos grandes. Y algo después, también, para no pecar de injustos.

A los provenientes de colegios particulares, y de algunas de las escuelas matrices de nuestras Fuerzas Armadas, se les destinaba sin vacilaciones al Cuarto A, el con profesorado más exigente del tradicional establecimiento. Cómo no iba a serlo, si militaban en sus filas los docentes Enrique Bruzzone, Carlos Camino, Sergio Rojas, Luís Rivera, el señor Nagel, Luis García -que no era “El Maestro” de esta casa periodística- Raúl Gajardo y, por supuesto, Don Marcos Ramírez, profesor jefe del curso, que no se andaba con chicas cuando de poner un “rojo” de arriba a abajo, o sea, desde la “a” hasta la “z” se trataba.

Traiguenino de cepa, don Marcos nació llamándose Evangelista, pero una graciosa anécdota que refiere en sus “Memorias” inéditas, fue el

origen de su nombre compuesto. La reproduzco sin quitarle ni ponerlo coma: “Algo digno de recordar, y con verdadero regocijo, fue el acto en la Casa Central de la Universidad de Chile, donde el señor rector hizo entrega de las respectivas licencias secundarias a todos los licenciados de la zona sur. El auditorio estaba repleto, y uno de los llamados a recibir su licencia fue la señorita Evangelista Ramírez Cofré. Mi presencia en la tribuna desató una sola carcajada general; razón por la cual me tuve que anteponer, legalmente, el nombre de Marcos. Este jocoso hecho determinó que no hiciera el Servicio Militar Obligatorio, pues fue llamado Evangelista Ramírez Cofré, y yo ahora me llamaba Marcos Evangelista Ramírez Cofré. Nada tenía que ver, ¿verdad?”.

Incorporado al Instituto Pedagógico, en 1929, el “Físico” Ramírez se tituló de tal, luego de pasar las de “Quico y Caco”, como todo estudiante provinciano de escasos recursos, obligado a hacer cualquier trabajo “al pinche”, como se decía, y a escapar furtivamente de las pensiones santiaguinas. Pero en el Grupo

Avance, de tendencia socialista, se inició el combatiente político y gremial que fuera don Marcos, en la capital, Punta Arenas y en Concepción, desde 1940.

Con su consecuencia ideológica de toda una vida, don Marcos influyó grandemente en muchos de sus discípulos.

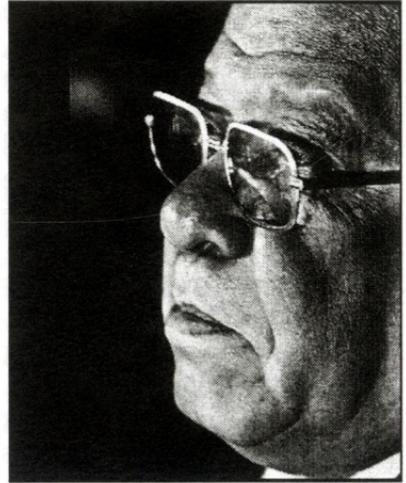
Mis compañeros de entonces, dicen que la única injusticia de su carrera, "el Físico" la cometió conmigo en un examen, al ponerme un "3", para que me diera vergüenza y estudiara. Pero hasta antes que fuera recuerdo, me dispensó su afecto. Le debía esta columna.



Un aniversario y una visita.

Mayo me ha traído el recuerdo de la formación del Grupo Libre de Arte, en una reunión celebrada en el Parque Ecuador, el sábado 3 de 1952, cuando la mayoría de los participantes no sobrepasábamos los dieciocho años y estudiábamos en el Liceo de Hombres, que entonces se llamaba así a secas. Hoy día integramos la enorme legión de los adultos mayores, que se molestan cuando son tratados de "tatitas".

Nuestro primer aniversario tuvo como centro de operaciones la sala del sótano habilitada por la Sociedad de Arte de Concepción, en el subterráneo de una céntrica botanera, a un par de cuadras exactas del antiguo edificio de EL SUR. En ella, realizaron sus primeras exposiciones pintores de la talla del penquista Eduardo Meissner y del tomecino Rafael Ampuero. Creo que acababa de mostrar sus obras Eduardo y se sentía muy ufano porque el rector Enrique Molina había adquirido uno de sus cuadros para la futura Pinacoteca Universitaria. Era, en verdad, como para sentirse halagado.



Don Carlo Camino Garay -profesor en el Liceo y en la Escuela de Educación-, accedió a nuestra petición de mostrar allí sus fotografías artísticas y resolvimos matizar la celebración con charlas y actos literarios. Una tarde, le correspondió a Oscar Vega, que ya se sentía atraído por el periodismo, leer sus bien hilvanados cuentos, y a mí, escogidos poemas de Pablo Neruda y Oscar Castro, una osadía imperdonable. Así y todo, el entonces director de La Patria, Don Caupolicán Montaldo, también inspirado vate, comentó muy favorablemente este acto.

Pienso que lo hizo por simpatía, ya que su único hijo, Mauricio, militaba en nuestras filas. Afectuosamente, lo llamábamos "Maumont", y heredó la vocación paterna por el diarismo.

En medio del acto, se produjo algo que no vacilamos en considerar una verdadera conmoción, el arribo a El Sótano de Nicolas Guillén, acompañado por la pintora Mireya Lafuente, dirigente de su gremio y mujer políticamente activa en el conglomerado izquierdista de la época. Todo el mundo se precipitó a saludar a Guillén, y algunos de los concurrentes salieron disparados a comprar sus poemarios en las librerías vecinas para que los autografiara.

Mientras volvían, Guillén compartió con nosotros con increíble sencillez. Únicamente faltó la fotografía que registrara tan feliz acontecimiento, porque a nadie, con la emocionada confusión, se le ocurrió ir en busca de un fotógrafo y don Carlos Camino no andaba con su cámara a cuestas. Después, por cierto, lo atribuimos al nerviosismo generalizado.

El otro acompañante de Guillén, el mexicano Diego Rivera, pasó fugazmente por la ciudad, en tránsito a Chillán, a conocer los murales de su compatriota Siqueiros. Ambos habían participado en el Congreso

Continental de la Cultura, convocado por Benjamín Subercaseaux y otros intelectuales nuestros, en homenaje a Pablo Neruda, vuelto meses antes del destierro. Mezquinamente, el rol que le cupo al autor de "Chile, o una loca geografía", ha sido omitido. No sólo en las biografías del poeta, sino hasta en "Confesio que he vivido". El Congreso en cuestión ocupó el Salón de Honor de la Universidad de Chile, en el último año de la rectoría de don Juvenal Hernández Jaque -ex alumno del liceo de Hombres de esta ciudad- que la ejercía desde 1933.

Volviendo al primer aniversario del Grupo Libre de Arte, debo decir que la exposición del profesor Camino y la visita del poeta cubano fueron los acontecimientos más memorables para quienes integrábamos este juvenil núcleo cultural, cuyos miembros optamos por la literatura, la plástica, el periodismo o el teatro, sin arrepentimientos posteriores. Que yo sepa por lo menos.

El "Fauno" Iturra.

Nunca me preocupé de averiguar por qué a Raúl Iturra Falka lo apodaban "El Fauno", pero así le decía medio mundo cuando Concepción tenía cincuenta y tantos años menos, y éste poeta y periodista la recorría a pie de punta a cabo. Y sin ninfas a su lado, porque las tenía bien ocultas.

Cerca del mediodía, salía de su casa en la Población de Emergencia de Manuel Rodríguez y rumbo a Rengo hasta "La Patria", el diario donde trabajaba bajo la comprensiva mirada de Don Caupolicán Montalvo, también inspirado vate. Y lo digo porque, en ese tiempo, en esa calle abundaban bares y "chinchiles" y no faltaban los amigos que le invitaban a "conversar una botellita". Así, la puntualidad se iba al diablo. Como sobrevivía apenas como redactor de "La Patria", "El Fauno" colaboraba con Sergio Pineda en los informativos de Radio "El Sur", que no tenía ninguna relación con esta casa periodística, pues era propiedad del político radical Mario Sáez Lagosa, locutor en sus mocedades.

Cuando Iturra supo que en el Liceo de Hombres se había formado un

Grupo Libre de Arte, y que yo lo dirigía, me mandó el "recado" para que fuera a la radio a conversar con él y con Pedro Villalón. Mientras Raúl era conocido como el poeta ganador de concursos organizados por la FEC, Pedro hacía sus primeras armas como actor en el grupo de los Duvauchelle, y de ambos, terminé siendo amigo después de la entrevista. Con Raúl fui compañero en "El Espectador", un tabloide de efímera existencia que editaron José y Mario Gómez López, con la ingenua pretensión de competir con el "Clarín", de Volpone, hombre de enorme poder en el gobierno de la época.

Cuando Raúl "se perdía" más allá de la cuenta, Pepe Gómez ponía en el mismo diario un aviso dirigido a los dueños y parroquianos de las "picadas" de la Estación Central, pidiéndoles que si veían al periodista le transmitieran el deseo de un pronto retorno a sus funciones. ¡No fallaba!. El diario no pudo sostenerse y Raúl se cambió a "El siglo", donde popularizó la columna de Tomás Gordo. El seudónimo ya revelaba su sentido del humor, porque seguía delgado como hilacha. También

continuaba la poesía visitándolo a las horas más inesperadas y repletando cuadernos que nadie, al parecer, porque se habría sabido, se encargó de guardar. También quedó en el misterio si su muerte fue accidental o provocada. Aunque “la alegría” había llegado, como lo proclamaban, seguían ocurriendo cosas extrañas, y “El Fauno” nunca podrá aclarar qué le pasó realmente.



Mi barrio santiaguino.

Al revés de algunos provincianos que reniegan de Santiago por el smog y otras yerbas, debo reconocer que yo me siento muy a gusto recorriéndolo lo más que puedo y con el mismo interés de hace medio siglo.

Es, exactamente, el tiempo transcurrido entre mi condición de vecino de Ñuñoa y mi actual situación de "entomecinado". Como el novelista José Luis Rosasco, viví en un barrio de comerciantes italianos y judíos, llegados antes o después de la Segunda Guerra, y de gente que disfrutaba de sus rentas. En la quinta cuadra de Obispo Orrego vivía también Luís Hernández Parker, cuyos comentarios políticos radiales escuchaba medio mundo después del Reporter Esso.

Pero "HP" no era el único personaje del sector. A la misma altura, en la Avenida Salvador, sobresalía la chilenuza figura de Pedro de la Barra, fundador del Teatro Experimental, que había ganado el Premio Nacional de Arte dos años antes, cuando recién había cumplido los cuarenta. Con humildad -natural o fingida- rechazaba el trato de

maestro, porque "no era ni carpintero".

Ser tenido por "artista" satisfacía, en cambio, el ego de Teodoro Boney, actor y director de obras del Teatro de Ensayo y cuya academia dramática -la primera de carácter particular- me contó, andando el tiempo, entre sus alumnos. Hijo único de un anciano matrimonio polaco,* impartía sus clases en una espaciosa sala de su casa, en la que recibía a los hermanos Vergara Walker, de aristocrático linaje, con marcadas demostraciones de afecto.

El mismo trato que prodigó a María Elena Gertner, hasta reconocerse como uno de los protagonistas "en clave" de su novela "Islas en la ciudad". Desde ese día su nombre quedó vetado para los discípulos de Lowey, y rayos y centellas caían sobre el que asistiera a alguno de sus estrenos.

Integrante de las compañías de radio-teatro en la década de los 40, la Gertner -y así le gustaba ser llamada- devino en actriz seria de los "teatros de cámara" capitalinos y en flamante escritora y dramaturga. Aunque no

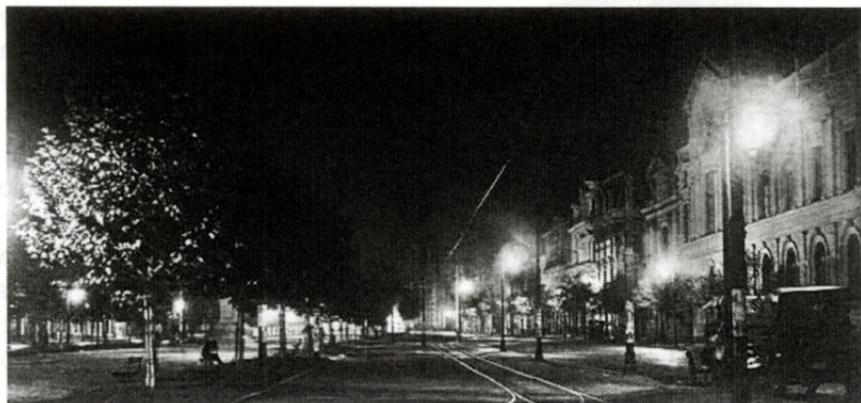
está inscrita dentro de la generación literaria del 50, María Elena comenzó a publicar sus cuentos por aquella época con buena acogida entre los lectores y la crítica, y sus parientes de origen vasco-francés-talquinos por añadidura- empezaron a mirar con otros ojos a la “oveja descarriada” de la familia, más que sus virtudes como narradora o mujer de teatro, los veinteañeros de entonces admirábamos a la espléndida mujer que era y “nos pasábamos” cualquier clase de películas cuando la teníamos cerca.

Y a propósito de cine, en el Santiago de mediados del siglo pasado los rotativos estaban en pleno auge. A las salas del centro se iba únicamente los domingos a ver los estrenos recientes, pero los aficionados al Séptimo Arte nos congregábamos a presenciar una función triple, con cintas de diversos géneros y a precios

muy convenientes a nuestros bolsillos, en recintos más bien antiguos y con butacas en regular estado.

Por una módica entrada se podía ver en el Cine Andes, de Irarrázabal, “Llampo de sangre”, filme basado en la novela de Oscar Castro; un clásico del oeste como “Duelo al sol”, y “El Puritano”, con Jean-Louis Barrault, por ejemplo, que era una auténtica joya cinematográfica.

Su exhibición fue algo así como un anticipo a la gran temporada del notable intérprete francés en el Teatro Municipal, que cautivó al público capitalino, maravillado con su repertorio.

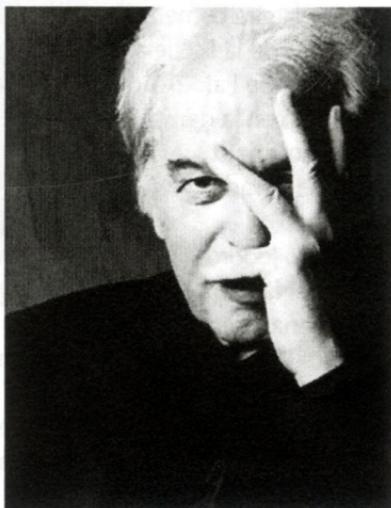


Brindis por Jodorowsky.

Alejandro Jodorowsky ha sido distinguido con la Orden "Pablo Neruda" -el apellido es más largo- y pienso que el insigne poeta, se encuentre donde se halle, estará satisfecho con este reconocimiento.

Camino a convertirse en octogenario, Jodorowsky se mantiene tan vigente como a mediados de los 50, cuando dirigía el Teatro de Mimos, que él creara, y fuera incluido por Enrique Lafourcade en su nunca bien ponderada "Antología del Nuevo Cuento Chileno", que desató las iras de los críticos de la prensa tradicionalista santiaguina.

Los Mimos de Jodorowsky, como se les llamaba, tenían su campo de operaciones en un viejo caserón de dos pisos de la calle Villavicencio, reducto de actores, artistas plásticos y otros oficios muy mal mirados entonces. Su propietario era todo un personaje de la fauna social del Concepción de esa época. Me refiero a Ramón Campos Larenas que, de oficial de Caballería, devino en restaurador de cuadros de coleccionistas privados y de la emergente Pinacoteca de nuestra universidad.



En la "troupe" de Jodorowsky -veinteañero con pinta cinematográfica- sobresalían Enrique Noisvander, su sucesor, y Delfina Guzmán que se divierte a sus anchas grabando teleseries. Fuera del taller, Alejandro practicaba la bohemia "dura" de esos años con Lafourcade, el poeta Enrique Lihn, y Sergio Palacios, que hacía comentarios de arte en una radio de escasa sintonía. No eran los únicos del grupo, desde luego.

No se ponían tambaleantes en los restaurantes del barrio alto metropolitano, sino en los bares de la

Estación Central, en cuyas proximidades -la calle Matucana-vivía Jodorowsky. Claro que hasta allí llegaban bastante a "mal traer", porque la gira comenzaba en las cercanías de la Escuela de Bellas Artes, donde Lafourcade estudiaba pintura, o en la de Derecho, donde el mismo sujeto era un funcionario apenas tolerado.

Alejandro Jodorowsky llegó lejos con lo suyo. Nada menos que a París, y con apenas cien dólares en los bolsillos. Cansado de ser "extra" en la compañía de Marcel Marceau, hizo "comics" y vendió millones de ejemplares al editarlos. Dejó sin pena la "Ciudad Luz" y se radicó en México, donde fundó la Sociedad de Producciones Pánicas, porque nunca se ha andado con chicas. Provocó algunos escándalos con sus películas -recuérdese "Santa sangre"- y emprendió el camino de vuelta a la literatura, haciéndose pasar por un poeta chino de la antigüedad.

No se sintió cómodo con el retorno a las letras porque en su opinión había otros "propietarios de la poesía", como su amigo Lihn, Neruda, De Rokha, Eduardo Anguita y Humberto Díaz Casanueva que -pocos lo saben- estudió en el Liceo de Tomé antes de convertirse en vate y diplomático.

Ignoro si todavía cree que la "vida es una larga iniciación", como lo declara en una entrevista, pero si aún lo piensa, significa que Alejandro Jodorowsky tiene cuerda para rato. Además del premio, merece un brindis.

El memorialista Volodia Teitelboim.



En la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile -a la que ingresara en 1932, con apenas 16 años- se presentó el miércoles antepasado, el segundo y voluminoso tomo de las Memorias de Volodia Teitelboim. Abarca desde el terremoto de Chillán, ciudad donde naciera, hasta la Revolución Cubana. Un par de décadas, en suma, de la cambiante política criolla y latinoamericana, de cuya evocación resulta imposible sustraerse.

Porque los libros de Volodia Teitelboim -al igual que sus discursos- "son un deleite. Llenos de metáforas hermosas, adjetivos apropiados, frases irónicas, sólidos en el fondo y elegantes, casi alegres en la forma", como escribiera Lira Massi, en "La cueva del Senado y sus 45 senadores".

Pero Teitelboim no era parlamentario, sino dirigente juvenil comunista, en la época en que se inicia "Un hombre de edad media" y su partido no formaba parte del gobierno de Aguirre Cerda, aunque había contribuido grandemente a elegirlo. Tampoco tuvo ministerios en el de Juan Antonio Ríos, al que apoyó "desde la distancia", podría decirse, pero lealmente.

La "estrella en ascenso" dentro de la izquierda era, entonces, Gabriel González Videla, furibundo opositor al Alessandri de "la canalla dorada". Había dejado la embajada en Brasil para enfrentar a Ríos por la sucesión de don Pedro, pero el ex alcalde penquista fue el elegido por sus correligionarios en la lucha interna.

Con "laica paciencia" inició su acercamiento al PC y en las parlamentarias de 1945 salió elegido senador por Tarapacá y Antofagasta en la misma lista de Elías Lafferte y Pablo Neruda, quien todavía no legalizaba su seudónimo literario y que unos años después se incorporaría a la colectividad de "Don Reca".

Podría decirse que, desde ese momento, Gabriel González Videla comenzó a mostrarle a los comunistas "la dentadura completa", como apunta Teitelboim en su libro, porque no era un misterio para nadie que Ríos se agravaba, y que su "delfín" era Alfredo Duhalde, poderoso ministro y banquero sureño. Un historiador del radicalismo asegura que -en su lecho de muerte ya- el presidente pedía a sus amigos que apoyaran a éste, y no "al pinganilla". Y el senador González no lo ignoraba.

Muerto Ríos y desplazado Duhalde, no había concentración pública en la que González Videla no asegurara que ninguna fuerza humana ni divina lo apartaría del Partido Comunista. Extraño aquello de "divina" en un masón, pero nadie reparaba en minucias. Como también juraba que si no cumplía sus promesas lo colgaran de un farol, derrotó

fácilmente a una derecha dividida y a un "minúsculo" candidato socialista, Bernardo Ibáñez.

"Soy uno entre mil -recuerda Teitelboim-. Celebramos al nuevo presidente que entra en La Moneda. Me digo que el mundo está cambiando y nos lo merecemos, porque hemos puesto todo para lograr el triunfo". Dos años más tarde, sin embargo, el mandatario los enviaría relegados a lejanas e inhóspitas localidades, y el pueblo escribiría en las murallas: "Videla, traidor". En la lista de desterrados figura Volodia entre los primeros.

En 1951, y muy tímidamente, la izquierda vuelve a aglutinarse. Una fracción socialista, con Salvador Allende a la cabeza, y el PC, todavía ilegal. Los socialistas de Ampuero optan por el retirado general Ibáñez y ganan al año siguiente. En 1958, si no hubiera sido por el Cura de Catapilco, Allende lo habría reemplazado en el Palacio de Toesca. En Cuba, un joven abogado no cree para nada en la "vía electoral", y en la Sierra Maestra se prepara para derrotar al dictador Batista por las armas. A mediados de ese mismo año, Blas Roca -Secretario General del Partido Comunista isleño- asciende hasta allí para entrevistarse con Fidel Castro, y en Chile, sólo

el diario "El Siglo" reseña el hecho. El Año Nuevo de 1959 sería un pésimo recuerdo para el sargento auto-ascendido a general, porque don Fulgencio tuvo que encaramarse en un avión rumbo a Miami para no ser ajusticiado por los barbudos del Movimiento 26 de julio.

Después de las sucesivas derrotas de la Izquierda allendista, la confianza en que, cuando se produjera el triunfo, como ocurrió, "allí estaríamos, si no nosotros, los que vengan después". Madura conclusión la de este personaje de nuestra vida pública e intelectual quien, pasado los ochenta años, se siente "absolutamente vigente, ansioso de trabajar, porque cada minuto tiene su importancia y me duele perderlo".

Aunque Volodia Teitelboim haya titulado "Antes del olvido" sus Memorias, de las que "Un hombre de Edad Media" es su segundo tomo, una cosa es muy clara: su inapreciable testimonio del Chile global de este tiempo "permanecerá" en el interés colectivo.

De mal en Bohr.

Si como cronista, Joaquín Edwards Bello era notable, como crítico de cine no mostraba las mismas virtudes periodísticas. Bastante generoso en sus juicios, comentó acerca de "Si mis campos hablaran", de José Bohr, que con esa película avanzábamos a "un gran cine nacional". Los encargados de la televisión abierta, que la programan invariablemente para la semana del "18", deben pensar lo mismo, aunque los libros sobre el Séptimo Arte nacional le conceden escasas líneas.

En estos meses veraniegos, el argentino José Bohr no se perdía una estadía en Concepción y sus alrededores. Muy amigo de don Lisandro Muñoz, recordado administrador del Teatro de la Universidad, se le veía juntos en balnearios o en las cercanías de Florida, donde el señor Muñoz tenía un predio tan pequeño que, humorísticamente, bautizó como "La Pulgada".

Para no regresar con los bolsillos vacíos, Bohr solía organizar ciclos de cine con sus películas que, no siendo ningunas joyas, cumplían con el propósito del director de hacerlas

reideras para el público; sobre todo, si tenían como protagonistas a dos actores peruanos tan "achilenados" como Lucho Córdoba y Eugenio Retes. Porque, sin duda, Bohr manejaba con destreza, fórmulas simples que le resultaban taquilleras.

Cuando José Bohr se decidió a incursionar en los "sets", ya era muy popular como compositor y cantante. Cuando yo era niño, se oía tararear temas originales suyos, como "Y tenía un lunar", "Pero hay una melena" o "Sí, sí, es mi nena", del que el grupo Los Tres realizó, hace algún tiempo, una remozada y aplaudida versión.

Hace unos pocos años y en un recorrido por los almacenes de antigüedades de la calle Maipú, encontré un cassette con aquellas canciones, 12 en total, grabadas por el propio autor, acompañado de la orquesta de Don Roy, para el sello Alerce, de Ricardo García, cuya multifacética y rica personalidad evoqué en una columna anterior. Don Roy, viejo conocido de los penquistas que peinamos canas, dirigía el conjunto del "Palet", el elegante salón de té de la señora

apellido Rodríguez y con españolísimo acento, era muy solicitado por artistas contratados en Santiago para actuar en ese céntrico reducto. Después del Terremoto del 39, vi allí a las entonces jovencísimas Sonia y Myriam, junto a Cora Santa Cruz y a la no tan primaveral Julita Pou, que después optó por el teatro.

Un hijo de José Bohr, con gran alegría de su padre, también se decidió por las tablas. Daniel fue un promisorio director escénico. Eligió el género "vanguardista" y montó con éxito algunas obras de ese género en Santiago. Algo, sin embargo, debe haberlo desmotivado porque, de la noche a la mañana, abandonó las candilejas.

A pesar de su oficio, José Bohr era enemigo de pasarse "rollos". Aunque, en lo económico, le iba bien con sus "semanas del cine chileno", realizadas de Norte a Sur cuando la perdiz tenía cola, era bastante crítico respecto a sus películas y a las de sus contemporáneos. A mediados del siglo pasado, le preguntaron acerca del estado de nuestra cinematografía y respondió con absoluta franqueza, que iba "de mal en Bohr".

Como la simpatía y la voz le acompañaron largamente, recordando su época de aplaudido

"chansonnier", aceptó una vez la invitación de Buddy Day para cantar en el "Bim-Bam-Bum" y no le faltó público nostálgico para seguir sus dos presentaciones diarias. Y de ahí, seguramente, surgió la idea de grabar la placa discográfica en cuestión. Cuando quiero levantarme el ánimo, suelo escucharla.

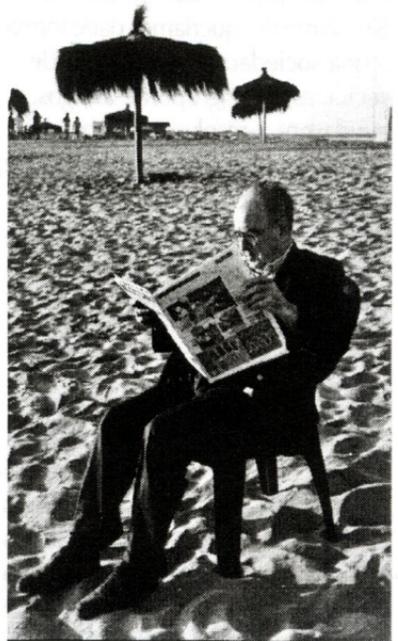


Lafourcade, "alborotador" permanente.

En la última edición dominical de abril del diario "palaciego", el articulista Juan Guillermo Tejada, coincidiendo con Jodorowsky, señala: "Lafourcade ha sido, más que un escritor, una bestia literaria, y este tipo de bestias merece un sitio en los altares de la patria".

Sin pretender hacerme el simpático con ninguno de los dos, pienso que este reconocimiento lo tiene sobradamente merecido Enrique Lafourcade. En estricta justicia, creo que debió recibirlo antes que Guillermo Blanco, José Donoso, Jorge Edwards y Armando Uribe, incluidos por él en aquella "Antología" que tantas polémicas desatará.

No siempre Lafourcade ha sido "santo de mis devociones". Cuando publicó sus "Tres terroristas" -donde hacía leña de los miristas en desgracia-, me pareció que lo dejaba mal parado avivarles la cueca a los vencedores, y así lo comenté en mi espacio de la antigua "Crónica". A su turno, él tuvo que asilarse en Argentina, a raíz de "El gran taimado", y de las amenazas recibidas en contra suya, su familia y su editor.



Pero prefiero detenerme en su condición de "inventor" de la Generación del 50, calidad que ha optado por pluralizar. En una entrevista que me concedió hace trece años para el Cuerpo Actual de EL SUR, puntualizó: "Empezamos a alborotar con eso de la mentada generación, cuando en realidad no teníamos nada. Algunos, apenas habíamos comenzado a escribir. Lo que teníamos eran ganas de hacerlo. El resto, era puro abuso de confianza,

sólo un grupo, que circulaba alrededor del Parque Forestal y frente a la Escuela de Bellas Artes. No el único, y tampoco pretendíamos englobar todo el cuento chileno. Simplemente, queríamos darle forma a una sociedad de cómplices, de secuaces; a un grupo de amigos, y ayudarnos a resolver algunos problemas prácticos, como tener voz; por ejemplo como una tribuna en los medios. Y por cierto que la tuvimos. Y en grande, porque el alboroto, como le decía, fue tremendo”.

Más de algún alboroto, por cuenta propia, ha provocado Lafourcade con sus novelas -no todas tan reeditadas como “Palomita blanca”-; sus crónicas mercuriales y sus incursiones en la televisión, durante medio siglo y haciéndolo con más tonelaje que otros, es un tiempo suficiente, o debería serlo, para cualquier jurado responsable de discernir un Premio de la trascendencia del Nacional de Literatura, aunque en otras épocas, le hayan bajado su perfil algunos agraciados.

Y para terminar, concluyo al estilo de Lafourcade: “Un intelectual, subráyelo bien, está obligado a tener ideas. Pueden ser equivocadas, pero lo que no puede tener es falta de ideas. Y eso, siempre lo repito donde

puedo”. Cuando poco cuentan en los tiempos que corren, siempre es oportuno recordarlo.

- 05._ Justicia cultural.
- 07._ Del autor a los lectores.
- 09._ Neruda entre nosotros.
- 11._ Un auténtico hombre público.
- 13._ Dos periodistas de viejo cuño.
- 15._ Gente de mi tiempo.
- 17._ "Estrellas" en nuestro firmamento.
- 19._ Publicidad y política.
- 21._ De vuelta al "Astoria".
- 23._ El "Físico" Ramírez.
- 25._ Un aniversario y una visita.
- 27._ El "Fauno" Iturra.
- 29._ Mi barrio santiaguino.
- 31._ Brindis por Jodorowsky.
- 33._ El memorialista Volodia Teitelboim.
- 37._ De mal en Bohr.
- 39._ Lafourcade, "alborotador" permanente.

079.8334

30204

FUE
pu
2007
c.2

Fuentealba, Sergio Ramón

AHC)

Publicado en El Sur

Fecha Devolución	NOMBRE

30204

Fuentealba, Sergio Ramón



CORPORACION SEMCO
BIBLIOTECA MUNICIPAL
J.T. MEDINA - CONCEPCION

RED DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS



SNBP6389359



Sergio Ramón Fuentealba:

Neruda te hubiera agradecido tu
tarea de tenerlo siempre presente.

Gabriela comprendería tu amor al terreno
Acidido se habría encantado ^{con} tu apertura
a todos los horizontes.

Nosotros estamos callados de consiente
y leerte.

Volodia Teitelbaum

7 de octubre 93



Hansel Silva Vásquez

